



23 septiembre 1888

## La humildad, fruto del misterio de la Encarnación

Mis queridas hermanas,

Esta mañana, el arzobispo de París nos ha recomendado rezar el Santo Rosario durante el mes de octubre, y os recuerdo que, desde el principio, el Rosario ha sido una de nuestras grandes devociones. Podemos rezarlo en muchos momentos: en las idas y venidas, en las escaleras, etc. Y si nos acostumbramos a recitar el Rosario de este modo, no perderemos un momento sin utilizarlo para rezar.

Esto se decía de la santa duquesa de Vallombrosa, y también se puede decir de la duquesa de Montpensier; y si es verdad para las mujeres del mundo, ¡cuánto más para las religiosas como nosotras dedicadas a la oración! Rezad muchas Avemarías, y ya sabéis que con los rosarios indulgentes por los cruzados se pueden ganar indulgencias con sólo rezar una, dos o tres Avemarías, y así aliviaréis a las almas del purgatorio y obtendréis muchas gracias para vosotras.

En cuanto a los misterios cuya meditación va unida al rezo del Rosario, somos muy libres de elegirlos como queramos, al menos para los frutos de los misterios, ya que hay diferentes métodos. Sin embargo, creo que todo el mundo está de acuerdo en el primer misterio del Rosario, la Encarnación, cuyo fruto es la humildad, y puesto que esto es precisamente lo que yo, y quizá también vosotras, más necesitamos, esforcémonos todas sin cesar, por pedir la humildad.

Los santos pensaban que no hacían demasiado cuando, como San Luis de Gonzaga, hacían ayunos, mortificaciones, novenas y todo tipo de esfuerzos para adquirir la humildad. Creo que la humildad no era natural en San Luis de Gonzaga, pues estoy convencido de que habría sido más amable: una vez que la humildad ha entrado en un alma, añade cierta gracia, cierto encanto, cierta dulzura que la hace agradable a todos. Nótese que digo: una vez que la humildad ha entrado, porque se necesita tiempo para hacerla entrar, y se necesita mucho trabajo para que un alma adquiera humildad. Por mi parte, he decidido que nunca tendría demasiada confianza en un alma en cuanto a la solidez de sus virtudes, si no la viera trabajar seriamente para hacerse humilde durante dos o tres años; no digo que lo consiga, eso es demasiado difícil, y si dijera que nunca tendría confianza en un alma hasta que hubiera adquirido la humildad, ¡tendría que tirar de la escalera!

Cualquiera que trabaje en ello y lo haga a conciencia debe tratar de humillarse, librarse de todas las manifestaciones del amor propio y del orgullo, tratar de disfrutar de que no nos tengan en cuenta (algo que no nos gusta por naturaleza), tratar de ponernos en último lugar, que nos echen la culpa, nos critiquen, nos desprecien en general. Por ejemplo, si eres música: algunas personas pueden pensar que no tienes talento; es un pequeño desprecio, no es muy grande, pero está ahí. Si dibujas: la gente dice que no pones nada en su sitio, que no haces más que tonterías; es un pequeño desprecio, pero generalmente no he visto a los artistas aceptarlo fácilmente.

Pueden decirte que no tienes una voz afinada, que cantas mal, que haces movimientos desafortunados, que utilizas colores demasiado burdos, que no tienes éxito, etc.; son desprecios menores. He hablado de artistas, pero si nos fijamos en los escritores en general, eso tampoco les gusta. Si pensáramos que su forma de enseñar no es la más adecuada, la más inteligente, no sé si les gustará; desearía que sí, pero no lo sé.

Menciono estas cosas para decirnos que hay muchos desprecios que se pueden aceptar y que no son contrarios a la caridad fraterna. Os pueden decir que no vas bien vestida, que no vas elegante, y eso a muchas, les resulta muy desagradable; también hay quien dice que tal o cual hermana no es ordenada, que no me den a tal hermana para el ropero de la comunidad, etc. No vais a tener otro tipo de desprecios. Nadie os menospreciará por cosas tan importantes como puede ser echaros en cara que no decís la verdad, por ejemplo. No se falta a la caridad cuando se trata de las cosas tan pequeñas que he mencionado antes; se pueden decir o pensar, sobre todo cuando se es superiora, y os animo a que aceptéis de buen grado que los demás piensen que no haces nada bien, que no tienes éxito, que eres muy tuya, (sólo las superiores pueden pensar eso) en lo que haces y en lo que te afecta.

Hay que despojarse, desprenderse, no mostrar orgullo, no querer llamar la atención ni querer ser alguien. Hemos tenido modelos de esta humildad entre nosotras, y todavía los tenemos; hay hermanas que, si las pusiera a ayudar en la cocina, allí estarían tan a gusto. Os deseo sinceramente esta humildad. Si la pedís a menudo rezando el Rosario, seguro que algo obtendréis. La Santísima Virgen no permite que se la rece en vano; es la más poderosa, la más generosa y la más humilde de las criaturas. Llamada a ser la Madre de Dios, se declara su sierva con la más profunda humildad, y los ángeles reconocen en ella a la Reina que Dios quiere darles, y en el Hijo de Dios, reducido a la naturaleza humana, a su Rey soberano y a su Dios.

Me detengo en este primer misterio. Tenéis que meditarlo y pedir a Dios humildad. Cada vez que el orgullo y el amor propio salen de un corazón, entra en él la alegría; el mejor medio para estar completamente contenta y alegre es vivir una humildad verdadera; ella quita la angustia, la preocupación y la turbación. No hay nada más sencillo que querer ser nada ante Dios, y Dios siempre se abaja hacia lo que no es nada. No preocuparnos por lo que harán con nosotras, puesto que lo único que deseamos es que no hagan nada; esto nos da una gran alegría y paz interior, mucha bondad para con el prójimo, porque el prójimo nunca estará en el lugar que tú quieres, ya que lo único que quieres es no tener ningún lugar; lo que quieres es no ser nada, estar anonadada.

Muchas veces os he citado esta comparación que hizo un santo: cuando se lanza una pelota desde lo alto de una montaña, sólo se detiene en el lugar más bajo y sólo allí encuentra su descanso. Lo mismo sucede con el alma: ha hecho una gran caída por el pecado original, y debe descender por la humildad para encontrar a Jesucristo, que se colocó tan bajo, que se anonadó en su Encarnación. No hay verdadero descanso para el corazón humano hasta que no ha llegado a querer ser nada. Ésta es la gracia que debemos pedir, hermanas, y por la que os he hablado de este primer misterio del Rosario.